



BALANCE DE LAS DERECHAS REACCIONARIAS EN EUROPA ¹

La crisis de la democracia liberal

Para delimitar con precisión el objeto de este estudio procede aclarar algunas cuestiones previas: 1) no se tratará el debate teórico y conceptual sobre este tipo de formaciones políticas que ha generado una muy abundante literatura académica. En consecuencia, no se analizará la cuestión nominal que ha dado paso a una amplia panoplia de términos: extrema derecha, ultraderecha, neofascismo, postfascismo, derecha populista, derecha nacional-populista, derecha radical y otros. En este estudio se ha optado por utilizar un término no demasiado habitual, pero útil porque sirve para encajar a todas sus variantes, con todos los matices y diferencias que sean precisos: derechas reaccionarias. A la hora de comparar las izquierdas radicales (en el pasado, *revolucionarias*, algo que ha decaído casi por completo) y las derechas reaccionarias los criterios

analíticos deben dejar claras algunas diferencias de fondo: una buena parte de la izquierda radical es claramente *populista* (con todas las ambigüedades que el término implica), pero sus integrantes no preconizan recortar derechos, desde luego no en Europa. El principal ejemplo de gobierno de izquierda radical en la Unión Europea (UE) fue el de *Syriza* en Grecia: pues bien, en ningún momento se puso en peligro ni la independencia de los tribunales ni de los *mass media* y esta formación política pasó a la oposición sin contestar el resultado de las elecciones cuando éste le fue adverso. Es cierto que Pablo Iglesias, líder de *Podemos*, llegó a afirmar que los jueces deberían sintonizar ideológicamente con el gobierno de coalición de las izquierdas, una impropio e inadmisibles tesis que no tuvo consecuencias prácticas, pero reflejó pulsiones antipluralistas.

¹ Este texto tiene su origen en mi intervención para la *Universitat de la experiència* en la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona el 21 de febrero de 2023. Agradezco la invitación de la Profesora Marta Bueno, así como la amplia participación de los asistentes.



En cambio, los gobiernos de la derecha reaccionaria en Hungría y Polonia han procedido a serios recortes del Estado de derecho, de las libertades y de las garantías judiciales. Los partidos de la derecha reaccionaria que alcanzan el poder o pueden influir en él proceden de inmediato a desvirtuar la división de poderes y a recortar derechos, especialmente de las mujeres, de los colectivos LGTBIQ+ y de los inmigrantes. Por tanto, es perfectamente posible (y, por supuesto, legítimo) criticar el populismo y hasta el sectarismo de cierta izquierda radical, pero la derecha reaccionaria es tendencialmente autoritaria e iliberal y esta diferencia de fondo es sustancial. 2) En este estudio no se analizará el fenómeno populista en general que va más allá de la derecha radical, ni se abordarán su impacto electoral (una tabla final proporciona los datos básicos) ni las características de sus bases sociales. El objeto de esta interpretación es el de analizar la incidencia de las derechas reaccionarias en el sistema político que lo hace bascular en su conjunto hacia posiciones más a la derecha y verificar qué hacen cuando tienen poder.

Diversas crisis encadenadas han revigorizado a los movimientos nacionalistas, populistas, tradicionalistas y autoritarios: la Gran Recesión de 2008 y la llegada masiva de refugiados en 2015 reflejaron una profunda incompetencia de la UE a la hora de abordarlas y ello acentuó la erosión del *establishment*, a lo que se añadieron cambios culturales de fondo que venían de antes. En efecto, la democracia liberal ha mostrado más carencias que en el pasado: la representatividad es menos efectiva (algo acentuado por la *partitocracia*), el control

popular de los políticos es muy débil (prácticamente se reduce al momento electoral y con límites) y la rendición de cuentas escasa, al margen del agravamiento de las desigualdades entre los ganadores (pocos) y los perdedores (bastantes más). De un lado, se ha acentuado la desconexión entre gobernantes y gobernados, y de otro, se constata un retroceso de los partidos *centristas*, con auge de los radicalismos, y todo ello es terreno abonado para el crecimiento de las derechas reaccionarias que sintonizan con sectores sociales deseosos de respuestas rápidas y de soluciones expeditivas, todo ello desde una mentalidad predispuesta a pulsiones autoritarias y antipluralistas. Por tanto, se están cuestionando las bases políticas de las democracias liberales y los reaccionarios están usando sus mecanismos legales y sus instituciones para vaciarlas de contenido y reducirlas a una mera apariencia formal. En consecuencia, la política en las democracias liberales es cada vez más inestable e imprevisible: en Francia los partidos tradicionales (postgaullistas y socialistas) casi han desaparecido y los populistas de diverso signo dominan (*Rassemblement National*, *La France Insoumise*), incluyendo un movimiento tan ambiguo y personalista como el del Presidente Emmanuel Macron (denominado ahora *Renaissance*), en Italia la derecha postfascista (*Fratelli d'Italia*) gobierna, en Grecia los socialistas del PASOK prácticamente ha desaparecido, en el Reino Unido un sector de los *tories* es “trumpista” y en Hungría y Polonia se han establecido regímenes iliberales.

¿Por qué está en crisis la democracia liberal? No



hay un único factor, sino la confluencia de varios: 1) en el ámbito económico, las alternancias entre el centroderecha y el centroizquierda suelen ser muy continuistas y son incapaces de revertir la agudización de las desigualdades sociales y de resolver muchos problemas de la vida cotidiana de los ciudadanos, 2) en el plano cultural se constata un repliegue identitario y un resurgir del nacionalismo étnico excluyente y de las pulsiones autoritarias y 3) en el mundo político fenómenos como la crisis de la representación, la *partitocracia*, la corrupción y el elitismo tecnocrático empujan a muchos sectores a creer que la salvación radica en la democracia directa que puentee partidos e instituciones, dirigida por líderes personalistas fuertes. Los partidos tradicionales han perdido mucha fuerza, es muy baja afiliación y obtienen resultados electorales mediocres por la mayor fragmentación y polarización. La desconfianza en los partidos del *establishment* se debe a que a menudo sus políticas de gobierno decepcionan y eso ha dejado libre una parte del espacio político para el crecimiento de los *ultras*. Los partidos de las derechas moderadas tienen una gran parte de responsabilidad porque han asumido bastantes elementos del discurso reaccionario y preconizan recetas de ese tenor. A su vez, los partidos de las izquierdas moderadas arrastran su pasada complicidad con el neoliberalismo (la infortunada “tercera vía” de Tony Blair y el “nuevo centro” de Gerhart Schröder) y muchas de ellas han abandonado el mundo del trabajo (el *Partito Democratico* italiano como paradigma). Es decir, los partidos tradicionales pagaron su claudicación ante los mercados pues

desregular y recortar la redistribución fueron dos serios errores que sólo ahora se están corrigiendo parcialmente. En efecto, la pandemia de la Covid-19 y la guerra de Ucrania han obligado a adoptar medidas que han revertido algo las inercias anteriores, pero parece claro que los partidos tradicionales deben hacer una profunda autocrítica, cambiar modos y estilos de hacer política y tomar decisiones, ser más sensibles ante muchas demandas populares- y actuar en consecuencia- y revitalizar las instituciones democráticas, objetivos más fáciles de enunciar que de implementar. En suma, los partidos tradicionales deberían entender mejor las causas del desalineamiento y de la volatilidad electoral y por qué han perdido apoyos. Es cierto que no se puede simplificar y así, por ejemplo, es muy reductivo e inexacto ver a los *ultras* como un refugio de intolerantes, fanáticos, marginados, violentos y sin estudios superiores pues el panorama es mucho más complejo y transversal.

El ascenso de los ultras

Las derechas reaccionarias de la UE están presentes en 22 Parlamentos nacionales y en cinco gobiernos y sólo en Croacia, Irlanda, Luxemburgo, Malta y Rumanía no tienen actualmente representación, aunque en ellos estén presentes algunos partidos muy conservadores, si bien no integrados en alguno de los dos eurogrupos *ultras* del Parlamento Europeo (PE): *Identidad y Democracia* (ID) y *Conservadores y Reformistas Europeos* (CRE) al haberse adoptado aquí este criterio como parámetro objetivo de



cuantificación. El promedio electoral europeo- más allá de la UE- de las derechas reaccionarias está sobre el 17% (Proyecto *Popu-List*), con oscilaciones según países y coyunturas, pero con una clara tendencia a su consolidación general. En los 22 Estados de la UE donde los partidos de esta familia ideológica integrados en alguno de los dos eurogrupos del PE han obtenido representación promedian el 15.74% considerando sólo las primeras formaciones de la tabla final: en algunos casos, otras formaciones de ese espectro obtuvieron representación como, por ejemplo, en Italia con FdI y la *Lega*, por lo que el porcentaje final es del 17%. Cabe agrupar a los partidos de esta familia ideológica en cuatro franjas según su fuerza electoral: 1) partidos que superan el 30%, con dos bastiones clave en Hungría y Polonia, 2) partidos entre el 15% y el 30% (Austria, Eslovenia, Estonia, España, Finlandia, Francia, Italia, Suecia), 3) partidos entre el 10% y el 15% (Alemania, Bélgica, Holanda) y 4) partidos con menos del 10% (Bulgaria, Chequia, Chipre, Dinamarca, Eslovaquia, Grecia, Letonia, Lituania, Portugal).

En general, se ha producido cierto *aggiornamento* de las derechas reaccionarias pues la gran mayoría ha congelado (a veces incluso archivado) el viejo discurso de la extrema derecha clásica, nostálgica del fascismo histórico cuya justificación ya no procede y no es útil toda vez que han cambiado los medios (no se recurre a la violencia ni a procedimientos ilegales de actuación política) y los fines (no se preconiza establecer dictaduras de partido único) y todo ello aunque pueda subsistir un poso que, en todo caso, ya no está en la primera línea del discurso ideológico y

de acción política de los *ultras* que han aprendido y han optado por cierto sincretismo doctrinal y por usar vías institucionales. En este sentido, la tradicional etiqueta de *fascismo* para caracterizar a las actuales derechas reaccionarias es muy poco útil, no ayuda en absoluto a entenderlas y banaliza un término convertido en algo anacrónico al haberse convertido en un comodín descalificador que no capta las nuevas realidades. Por tanto, en la gran mayoría es más que evidente el paso del neofascismo post-1945 a la derecha radical nacionalista/populista de hoy y los dos eurogrupos del PE presentan ciertos elementos diferenciales: ID es claramente populista, mientras que CRE es tradicionalista, pero en cualquier caso, ambos aceptan la democracia procedimental y no recurren a métodos ilegales y violentos de acción política como el fascismo clásico (palizas, asesinatos, incendios de sedes de partidos y sindicatos democráticos). Aunque no es muy nítida la diferencia entre ID y CRE y si bien hay algunos elementos cruzados que les unen, presentan gradaciones: los partidos más reaccionarios son el húngaro *Jobbik*, AfD, RN, VOX, FPÖ, PiS y VB, mientras que son algo más *moderados* – dentro de los parámetros de tales formaciones ideológicas- PVV, Demócratas Suecos, Partido de los Finlandeses, PP suizo y Partido del Progreso noruego (Chapel Hill Survey, 2019). En todo caso, coinciden en fuertes liderazgos, organización jerárquica, rechazo del *establishment* liberal, exaltación nacionalista étnica y xenofobia antiinmigrantes, en particular por su islamofobia. Las derechas reaccionarias están en contra de la mayoría de los valores ideológicos de la democracia liberal y

preconizan otra de tipo iliberal precisamente basada en mecanismos plebiscitarios y esto explica su usual actuación de agitación tribunicia en los Parlamentos y su intolerancia frente a los *mass media* críticos con ellas. El triunfo reaccionario en Hungría y Polonia es muy grave para la UE- que no es capaz de revertir del todo en su dimensión normativa comunitaria- que, además, padeció el golpe del *Brexit*, una de las mayores victorias del nacional -populismo.

frente a la vieja “clase política” y son muy hábiles a la hora de explotar emociones en tiempos de manipulación sistemática y generalizada en las redes sociales, y de otro, se benefician del aumento de las desigualdades, de la crisis de muchos valores liberales y del deterioro de la democracia representativa. Por tanto, las derechas reaccionarias tienen mejores opciones en tiempos de crisis económica y social, de desgaste de la política



Cumbre de Varsovia de líderes europeos conservadores. Fuente: Europa Press.

Causas del éxito de las derechas reaccionarias

Los *ultras* crecen tanto por sus capacidades subjetivas como por causas objetivas: de un lado, suelen ofrecer liderazgos aparentemente efectivos

tradicional y de resquebrajamiento de las “grandes ideologías” del pasado. A partir de este contexto, los tres grandes factores de fuerza de las mismas son: 1) la xenofobia antiinmigrantes, 2) el chauvinismo



(nacionalismo étnico, rechazo de la globalización y del europeísmo) y 3) el populismo “antipolítico” contra el sistema (la *partitocracia* elitista, tecnocrática y corrupta). No deja de ser llamativo que este tipo de discurso pueda parecer algo “nuevo” a muchos electores puesto que tales *fantasmas* supuestamente responsables de los males de las sociedades actuales se arrastran desde hace muchas décadas.

Cuarenta años de neoliberalismo han contribuido al desplazamiento de *todo* el arco político hacia la derecha: refuerzo de los *ultras*, acentuación reaccionaria de la derecha moderada, socioliberalismo centrista en la socialdemocracia y socialdemocratización práctica de la izquierda radical. El retroceso del Estado en la economía es responsable objetivamente del aumento de las desigualdades sociales y esto ha beneficiado a los *ultras* que han sabido captar el apoyo de parte de los descontentos y los perdedores. Por lo demás, el retroceso de la izquierda y el debilitamiento de los sindicatos reforzó al capital financiero especulativo y facilitó la desmovilización de las organizaciones sociales. La Gran Recesión, tras recetas de austeridad ortodoxa a ultranza, extendió la percepción social de que los políticos del sistema se habían desentendido de la gente corriente y el aumento de la privación relativa contribuyó a intensificar los temores e inquietudes de muchos ciudadanos, factores que beneficiaron a los *ultras*.

Las derechas reaccionarias han explotado muy bien el rechazo de la globalización atribuida a “élites

cosmopolitas”, “desnacionalizadoras”, “antipatrióticas” y “antipopulares”: más específicamente, aquellas captaron en parte la pérdida de confianza en la UE y aunque el *Brexit* ha resultado disuasorio por su extenuante complejidad y por no haber reportado los supuestos beneficios anunciados, su rotunda oposición a la federalización de aquella es total. De hecho, ya no se preconiza abandonar o dismantelar la UE, sino vaciarla por dentro y volver a la antigua Comunidad Económica Europea. Todo esto prueba que fue un profundo error ceder a las derechas reaccionarias el cuasi monopolio de la crítica a todo lo que no funciona en la UE. A su vez, los partidos pro europeos fueron excesivamente acérrimos con las disfunciones y los errores de la UE y simplificaron al calificar como “euroescéptico” a cualquiera que criticara alguna política europea. Sólo la coordinación frente a la Covid-19 – con eurobonos temporales- y la ayuda militar a Ucrania han permitido impulsar algo más la regulación económica y la redistribución social, a la vez que la Conferencia sobre el Futuro de Europa ha subrayado la importancia de potenciar el pluralismo y el debate políticos.

Ante los excesos de la globalización y las incertidumbres de la europeización se ha producido un repliegue identitario hacia la nación y ello desde una perspectiva étnica excluyente, de ahí la combinación de exaltación chauvinista de la propia comunidad y de rechazo xenófobo de los “ajenos”. La mitología identitaria implica una verdadera contrarrevolución cultural y una fuerte intolerancia frente a los “otros”. En efecto, la inmigración



extracomunitaria ha cambiado la composición étnica de muchos países y ha modificado elementos de la cultura tradicional, a la vez que la UE ha limitado la soberanía nacional. Los inmigrantes son vistos como potencialmente “peligrosos”: “quitan puestos de trabajo”, se “aprovechan” del Estado del bienestar, traen delincuencia y enfermedades antes erradicadas e introducen una cultura y unos hábitos totalmente ajenos a los valores occidentales. Desde esta perspectiva, los inmigrantes “desnacionalizan” y sirven a los intereses globalistas/ europeístas y, al ser una minoría fácilmente identificable, es fácil responsabilizarles de muchos problemas. De un lado, es sorprendente la alta xenofobia de países como Polonia o Hungría que tienen porcentajes de población extranjera inferiores al 5%: los polacos creen que la inmigración extracomunitaria en su país representa el 10%, cuando sólo supone el 1%. Está claro que la UE no ha sabido resolver la cuestión migratoria: de un lado, se asume que es inevitable, pero de otro no la quiere ver y se posterga una política común receptiva e integradora que, por lo demás, requeriría de abundantes fondos.

Todo este conjunto de factores es lo que alienta el populismo (la contraposición entre élites corruptas y pueblo virtuoso) que rechaza a los políticos convencionales por elitistas y tecnocráticos y por su ineficacia resolutoria frente a los serios problemas sociales. Los sectores más fundamentalistas del populismo reaccionario alientan teorías conspirativas (Renaud Camus, Eric Zemmour) sobre una supuesta conjura de las élites globalistas (entre las que siempre figuran el Club Bilderberg o el millonario George

Soros) para conseguir la “gran sustitución” fruto de la imaginada connivencia de las élites liberales y las izquierdas con los islamistas; es decir, del acuerdo entre “traidores” internos y “terroristas” extranjeros, una tosca y absurda explicación fácil y rápida, a la par que inconsistente empíricamente.

Estrategias e ítems ideológicos

La crisis de la democracia liberal se ha visto acentuada por el fuerte aumento de la polarización, atizada por las redes sociales dominadas por falsedades y manipulaciones, en las que los *ultras* son muy eficaces. Las derechas reaccionarias han (re)descubierto la utilidad de la agresividad, la descalificación, el simplismo maniqueo al etiquetar, las *fake news*, los *alternative facts* y así sucesivamente. Estas formaciones son la expresión del auge de las pulsiones autoritarias y de la intolerancia, de ahí la petición de recortes de derechos y libertades, mano dura punitiva y carta blanca a la policía: en este sentido, los *ultras* identifican objetivos fáciles para dirigir contra ellos todas las frustraciones y odios: los inmigrantes, las feministas, los movimientos LGTBIQ+, “Bruselas” o las élites “cosmopolitas”. Se ha revitalizado la utilidad de la ideología como elemento de crecimiento y confrontación para romper el consenso liberal y captar el resentimiento y los miedos y en este sentido se han atizado las impropriadamente denominadas “guerras culturales” contra lo “políticamente correcto” (el “consenso progre” en términos de VOX o la ideología *woke* para la ultraderecha



estadounidense). No por casualidad, los *ultras* acogen con entusiasmo las teorías conspirativas, por delirantes que sean, como la del Gran Reemplazo (Camus y Zemmour), “Eurabia” (Bat Ye’or), las vacunas contra la Covid-19 para “controlar” las mentes (Bill Gates) o el cambio climático reputado un invento subversivo de las izquierdas. Es de interés constatar que, sin tratarse- en general- de movimientos confesionales, las derechas reaccionarias utilizan la religión cristiana como elemento identitario occidental contrapuesto al Islam, reputado absolutamente incompatible con la cultura y las tradiciones europeas. La dimensión religiosa de estos partidos suele ser instrumental y presenta gradaciones: hay partidos de derecha reaccionaria muy tradicionalistas y que comulgan con la ortodoxia religiosa (el PiS polaco, el húngaro FIDESZ, el italiano FdI, el español Vox) y otros mucho más tolerantes en materia de costumbres y creencias (Pim Fortuyn, el PVV holandés, los *ultras* escandinavos y finlandeses).

Desde el punto de vista de las propuestas políticas, las recetas de la derecha reaccionaria preconizan fuertes liderazgos, mecanismos plebiscitarios de participación, reducción de las trabas parlamentarias, limitación de los partidos (con propuestas de ilegalización de los reputados desestabilizadores), centralismo y control de los tribunales. Frente al criterio liberal basado en la división de poderes, el pluralismo competitivo, la descentralización y las garantías, los *ultras* preconizan concentrar en el Ejecutivo la toma de decisiones, centralizar el Estado y limitar las garantías constitucionales. En cuestiones

económicas hay diferencias entre las derechas reaccionarias proteccionistas (RN, FIDESZ, PiS, Demócratas Suecos) y las neoliberales (PP suizo, VOX, AfD, Lega, VB, *ultras* noruegos), con algunos híbridos (FdI). Con relación al Estado del bienestar los *ultras* han pasado de rechazarlo- como un modelo propio de la izquierda- a asumirlo, pero reservado a los autóctonos (*welfare chauvinism*) y con rotunda exclusión de los inmigrantes. En general, optan por reducir los impuestos y el gasto público, pero preconizan ayudar a las “pymes” y proteger a los “nuestros”, así como consagrar la preferencia nacional para cualquier puesto de trabajo. En suma, las derechas reaccionarias han pasado de defender sin matices la economía de mercado irrestricta durante la “guerra fría”- como elemento de contraposición al comunismo y al bloque soviético- a defender su regulación y cierta redistribución. Esto ha llevado a algunos analistas a interpretar que los *ultras* se habrían inclinado hacia la izquierda en cuestiones económicas y sociales, pero se trata de una visión muy parcial puesto que tal estrategia es instrumental (captar el antiguo voto obrero de izquierdas) y excluyente (prestaciones sólo para los de la propia comunidad étnica, tesis incompatible con el universalismo de la izquierda).

La práctica de gobierno

En la UE las derechas reaccionarias han quedado descolocadas por la agresión imperialista de Vladímir Putin contra Ucrania pues el líder ruso fue antaño apoyado por casi todas ellas (los recelos polacos son



la excepción y se entienden por razones históricas), pero desde la guerra los apoyos casi se han congelado (con la excepción parcial de Víktor Orbán). Marine Le Pen y Matteo Salvini habían sido entusiastas de Putin, pero ahora han tenido que silenciar su apoyo. En las elecciones al PE de 2019 se pudo frenar lo que parecía un ascenso imparable de los *ultras* gracias a que, por primera vez desde 1979, se pudo invertir la constante tendencia al aumento de la abstención. A continuación, fue imposible dar paso a un solo Eurogrupo en el PE (sólo funcionó uno muy efímeramente en 2009, *Identidad, Tradición y Soberanía*), lo que prueba que es imposible crear una “Internacional Nacionalista”, una contradicción en términos, de ahí que existan dos.

Si las derechas reaccionarias acceden al gobierno o pueden influir en él desde el Parlamento, dirigen sus presiones a recortar ciertos derechos: restringir el derecho de asilo, dificultar la recepción de inmigrantes, expulsar a los irregulares, poner trabas al aborto y a las uniones homosexuales y prohibir la eutanasia. De forma paralela, procuran laminar la división de poderes, controlar a los *mass media* y favorecer la manipulación electoral (desde el *gerrymandering* hasta limitaciones de las campañas). Puesto que en la UE no es posible modificar a fondo las grandes políticas económicas (sobre todo en el área euro), controladas por la Comisión y el Banco Central Europeo, es más fácil centrarse en cuestiones internas que afecten a valores y derechos. Las derechas reaccionarias son la primera fuerza en Polonia y Hungría y ahora en Italia, pero, así como en los dos primeros casos han alumbrado regímenes

iliberales, en el último país no por su mayor tradición democrática, con más contrapesos, y por estar en el área euro que impone más controles supranacionales. En Austria, en 2018, el gobierno de Sebastián Kurz (ÖVP) y el FPÖ impulsó políticas económicas neoliberales, cierre de algunas mezquitas, flexibilización del mercado laboral y recorte del gasto público, sobre todo el social. En Finlandia la participación de “Verdaderos Finlandeses” (ahora han suprimido esa sectaria y abusiva denominación) en el gobierno entre 2015 y 2019 implicó restricciones de inmigrantes y provocó algunos desencuentros con la UE. En Holanda el primer gobierno de Marc Rutte en 2010 obtuvo el apoyo parlamentario del PVV (Geert Wilders) e impulsó políticas neoliberales y de restricción de inmigrantes.

El máximo retroceso se ha producido en Polonia y Hungría, con al frente partidos ultranacionalistas euroescépticos que han procedido a recortar la división de poderes, casi anulando la independencia judicial, han asfixiado a los *mass media* críticos, son muy poco transparentes sobre el uso de los fondos de la UE e impulsan políticas antifeministas y anti-LGTBIQ+, siempre con más intensidad en el segundo país. Orbán es, sin duda, el que más lejos ha ido en el desmantelamiento del Estado de derecho y de la democracia liberal: ha convertido al Parlamento en una mera cámara de ratificación (además de haberlo reducido en número), ha manipulado las circunscripciones electorales al rediseñarlas a su conveniencia partidista, ha prohibido que en las escuelas se informe sobre la diversidad sexual, ha cerrado la Universidad Centro Europea (Soros) y



niega el cambio climático. A su vez, la oposición húngara es incapaz de revertir la hegemonía del FIDESZ- que se ha hecho con el control de todos los aparatos del Estado- y la UE sólo dispone de mecanismos de presión económica que, si bien útiles para impedir una completa involución autoritaria, no son suficientes para cambiar a fondo el actual rumbo iliberal del país.

Ante esto, procede analizar las dos grandes estrategias seguidas para intentar contener a las derechas reaccionarias: la del “cordón sanitario” y la de la “normalización”. La primera fue, al principio, la habitual, no sin excepciones: cuando Jörg Haider ingresó en el gobierno federal austríaco en 2000 Austria se vio sometida a sanciones por parte de la UE que, sin embargo, no reaccionó del mismo modo en 1994 ante el ingreso de los postfascistas italianos (Gianfranco Fini) en el primer gobierno de Silvio Berlusconi. El “cordón sanitario” (no pactar en ningún caso con los *ultras*) se ha acabado reduciendo a Francia y Alemania, pero ha saltado en la gran mayoría de los países en los que gobiernan directa o indirectamente. Esta opción no ha conseguido reducir el peso electoral de la derecha reaccionaria (en Francia no cesa de aumentar su influencia), a la vez que la “normalización” tampoco la contiene. Es decir, el cálculo de esta segunda estrategia es doble: gobernar obliga a ser pragmático y, al tener que adoptar algunas decisiones impopulares, se constatará que muchas de sus promesas eran irrealizables, lo que debería acabar favoreciendo a la derecha moderada. Pues bien, eso tampoco ha ocurrido en todos los casos: el paso por el gobierno no “moderó” en

absoluto a algunos partidos de esta familia ideológica (la *Lega*, por ejemplo) y, peor aún, inclinó a la derecha “civilizada” a radicalizar sus propias posiciones (*Forza Italia* como paradigma). La “normalización” con la esperanza de diluirlos y moderarlos ha tenido el efecto paradójico de reforzar sus tesis que acaban siendo asumidas por parte de las derechas no radicales.

En conclusión, hay que escapar de la diabólica disyuntiva o populismo o tecnocracia pues la clave es revitalizar la confrontación pluralista y permitir políticas alternativas que acaben con el mito inmovilista thatcheriano del TINA (*There Is Not Alternative*) o de la “democracia conforme al mercado” de Angela Merkel porque ello supone la laminación de la democracia. Por tanto: 1) la derecha moderada debería alejarse de los *ultras*, 2) la socialdemocracia debería archivar definitivamente la “tercera vía” de Blair y Schröder, 3) habría que revitalizar las instituciones democráticas representativas y reforzar los mecanismos de control y 4) habría que corregir a fondo el “déficit democrático” de la UE. En suma, se están pagando cuarenta años de neoliberalismo y ello obliga a corregir desigualdades sociales y desequilibrios territoriales. Es clave explicar a las opiniones públicas que la expansión y no la restricción de derechos es mucho más conveniente para los ciudadanos en un sistema libre y pluralista, a la vez que se deben garantizar la división de poderes y la descentralización. No se puede ni minimizar ni normalizar a la derecha reaccionaria: la democracia liberal y el Estado del bienestar universal tienen



potencial suficiente para contrarrestar el éxito de los *ultras* si hay suficiente voluntad política para ello entre los partidos favorables a los factores citados.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera

Catedrático Emérito de Ciencia Política
Universidad de Barcelona

Fuentes de Referencia:

- J. Antón Mellón (coord.): *Orden, jerarquía y comunidad. Fascismos, dictaduras y postfascismos en la Europa contemporánea*, Tecnos, Madrid, 2002.
 - X. Casals: “La normalización de la ultraderecha”, *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 145, 2019.
 - P. Castro Martínez y E. Jaráiz Gulías: *La construcción emocional de la extrema derecha en España*, CIS, Madrid, 2022.
 - Chapel Hill Expert Survey (CHES): *Europe 1999-2019*, North Carolina (EUA), 2019.
 - R. Eatwell y M. Goodwin: *Nacionalpopulismo. Por qué está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia*, Península, Barcelona, 2019.
 - G. Fernández-Vázquez: *¿Qué hacer con la extrema derecha en Europa? El caso del Frente Nacional*, La Lengua de Trapo, Madrid, 2019.
 - S. Forti: *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*, Siglo XXI, Madrid, 2021.
 - A. Guamán, A. Aragonese y S. Martín (dirs.): *Neofascismo. La bestia neoliberal*, Siglo XXI, Madrid, 2019.
 - P. Ignazi: *Extreme Right Parties in Western Europe*, Oxford University Press, Oxford, 2006.
 - G. Ivaldi: *De Le Pen à Trump: le défi populiste*, Eds. de l’Université de Bruxelles, Bruselas, 2019.
 - C. Mudde: *La ultraderecha hoy*, Paidós, Madrid, 2021.
 - A. Przeworski: *La crisis de la democracia. ¿Adónde pueden llevarnos el desgaste institucional y la polarización?*, Siglo XXI, Madrid, 2022.
 - J. Rodrigo y M. Fuentes: *Ellos, los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia*, Deusto, Barcelona, 2022.
 - J.L. Rodríguez Jiménez: *¿Nuevos fascismos? Extrema derecha y neofascismo en Europa y Estados Unidos*, Península, Barcelona, 1998.
 - G. Rodríguez Martínez: “La crisis de la Unión Europea y el auge de la extrema derecha”, *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 19 (1), 2020.
-



- M. Roodvijn et al.: *The Popu- List: An Overview of Populist, Far Right, Far Left and Eurosceptic Parties in Europe*, 2019. www.popu-list.org
 - J. Rydgren (ed.): *The Oxford Handbook of the Radical Right*, Oxford University Press, Oxford, 2018.
 - M. Sánchez de Dios: “El avance electoral de la extrema derecha en el siglo XXI y sus efectos en los sistemas de partidos europeos”, *Política y Sociedad*, 57 (3), 2020.
 - M.A. Simón (ed.): *La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días*, Tecnos, Madrid, 2007.
 - Varios: “La recuperación de tradiciones autoritarias: procesos, actores y redes”, monográfico de *Afers Internacionales CIDOB*, 132, 2022.
-



TABLA ELECTORAL

Sólo se considera el partido más representativo de cada Estado. Sólo se reproducen los resultados de las últimas elecciones legislativas nacionales. Las derechas reaccionarias (ID y CRE) no tienen representación en Croacia, Irlanda, Luxemburgo, Malta y Rumanía (2023).

Estado	Año electoral	Partido	Porcentaje de votos	Escaños
Alemania	2021	AfD	10.34	83
Austria	2019	FPÖ	16.17	40
Bélgica	2019	VB	11.95	18
Bulgaria	2021	ITN	9.39	25
Chequia	2021	SPD	9.56	20
Chipre	2021	ELAM	6.78	4
Dinamarca	2019	DF	8.73	16
Eslovaquia	2020	SNS	7.97	17
Eslovenia	2022	SDS	23.52	27
Estonia	2019	EKRE	17.76	19
España	2019	VOX	15.21	52
Finlandia	2019	PS	17.48	39
Francia	2022	RN	17.34	89
Grecia	2019	EL	3.70	10
Holanda	2021	PVV	10.79	17
Hungría	2022	FIDESZ	49.22	135
Italia	2022	FdI	26.00	119
Letonia	2022	NA	9.29	13
Lituania	2020	DP	9.77	10
Polonia	2019	PiS	43.59	235
Portugal	2019	CHEGA	1.29	1
Suecia	2022	SD	20.54	73



Siglas de los partidos

- AfD: *Alternative für Deutschlands/* Alternativa para Alemania
- CHEGA! / ¡Basta! (Portugal)
- DF: *Dansk Folkparti/* Partido Popular Danés
- DP: *Darbo Partija/* Partido del Trabajo (Lituania)
- EKRE: *Eesti Konservatiivne Rahvaerakend/* Partido Conservador Estonio
- EL: *Elliniki Lisi/* Solución Griega
- ELAM: *Ethniko Laiko Metopo/* Frente Nacional Popular (Chipre)
- FdI: *Fratelli d'Italia/* Hermanos de Italia
- FIDESZ: *Fiatal Demokraták Szövetsége/* Alianza de los Jóvenes Demócratas (Hungría)
- FPÖ: *Freiheitliche Partei Österreichs/* Partido de la Libertad Austríaco
- ITN: *Ima Takŭv Narod/* Existe Tal Pueblo (Bulgaria)
- NA: *Nacionālā Apvienība/* Alianza Nacional (Letonia)
- PiS: *Prawo i Sprawiedliwość/* Ley y Justicia (Polonia)
- PS: *Perussuomalaiset Sannfinländarna/* Partido de los Finlandeses
- PVV: *Partij Voor de Vrijheid/* Partido de la Libertad ((Holanda)
- RN: *Rassemblement National/* Reagrupamiento Nacional (Francia)
- SD: *Sverigedemokraterna/* Demócratas Suecos
- SDS: *Slovenska Demokratska Stranka/* Partido Demócrata Esloveno
- SNS: *Slovenská Národná Strana/* Partido Nacional Eslovaco
- SPD: *Svoboda a Přímá Demokratie/* Libertad y Democracia Directa (Chequia)
- VB: *Vlaams Belang/* Interés Flamenco (Bélgica)
- VOX: Voz (España)

Publicado por

Con el apoyo de



**Asociación para las
Naciones Unidas
en España**
United Nations Association of Spain



**Generalitat
de Catalunya**

ANUE no hace necesariamente como suyas las opiniones expresadas por sus colaboradores.